

ALMIRANTE ELISEO ÁLVAREZ-ARENAS PACHECO: *IN MEMORIAM*

TOMO CII · CUADERNO CCCXXV · ENERO-JUNIO DE 2022

SEÑOR Director,
Señoras y señores académicos:
«¿Todo bien?». Puntualmente, todos los jueves lectivos, a primera hora de la tarde, don Eliseo Álvarez-Arenas arribaba a la Real Academia Española y, como si pasara revista, que la pasaba en efecto, iba saludando a todo el personal de colaboradores, antes de encontrarse con los compañeros de Academia. «¿Todo bien?». En su ingreso lo había proclamado: «Si yo estoy aquí y ahora, es simplemente por ser marino de guerra, marino de guerra español».

Arturo Pérez-Reverte nos ha regalado en su estupenda novela académica *Hombres buenos* un retrato fiel de la persona: «Brigadier retirado de la Real Armada [...] el almirante es sujeto alto, delgado, todavía apuesto, de aire melancólico y maneras rígidas, casi adustas [...] lo más llamativo de su rostro son los ojos azul claro, muy oscuros y transparentes, que suelen mirar a los interlocutores con una fijeza que se torna inquietante, casi fastidiosa, cuando la sostiene demasiado». Exacto. Exacto.

Hijo de militar, ingresó don Eliseo en la Escuela Naval a los dieciocho años y de allí salió como Alférez de Navío para emprender una carrera brillantísima que culminaría como Almirante Jefe de la Zona marítima del Cantábrico. Allí, en El Ferrol, lo conocí cuando mi hermano Luis mandaba, a sus órdenes, la flotilla de Dragaminas. Tenía, entonces, fama don Eliseo de ser el miembro más culto de toda la Marina... Y un poco rígido. Había pasado, en efecto, por los mejores centros internacionales. Concretamente, en los Estados Unidos había seguido el *Harbour Defense Course*, el *Net Defence Course* y el *Naval Command Course*.

Desde entonces multiplicó su colaboración en numerosos artículos divulgativos que merecieron premios notables (el «Francisco Moreno», el «Roger de Lauria», el «Álvaro de Bazán» o el «Antonio de Oquendo») y fue la suya,

durante bastante tiempo, la firma más autorizada de la *Revista General de Marina* que publica el Ministerio del ramo. A la par, iban apareciendo sus libros: *El español ante el mar* (1969), *Teoría bélica de España* (1972), *De la guerra y de sus hombres* (1983), *Idea de la guerra* (1984), *Investigaciones estratégicas* (1985), *Del mar en la historia de España* (1987), *Integridad táctica de zona* (1987), *Haceres de ingenio: política – estrategia – historia* (1992).

En todos ellos, en su base siempre, el mar afrontado desde un doble punto de vista: el del marino y el español. Y un objetivo muy claro: «poner de relieve la ausencia, sin duda indeliberada –o de su apariencia tenue y difuminada, si no se quiere caer sin razón en un radicalismo inoperante– de la atención que se debe a la influencia de un factor histórico, el mar en la Historia de España». «¿Deliberación consciente –se preguntaba él– de honrado desconocimiento de la eficacia del mar en lo nuestro, en cuanto causa genuinamente agente?». Los ingleses y holandeses vieron el mar a tiempo. España, a pesar de lo que los españoles navegamos por él, no llevó el mar al primer plano de su historia.

En la búsqueda de la España una y cristiana, proyectada sobre el continente europeo, la Corona de Castilla miraba al Norte y al Océano Atlántico, al tiempo que la Corona de Aragón lo hacía al Mediterráneo. Pero esta España, según nuestro Almirante, no logró aunar los aspectos bélico-estratégico, político-cultural, comercial y tantos más. «El mar de España fue, a su juicio, sujeto pasivo del intelecto hispano». Y la decadencia de España se ha venido estudiando por los españoles sin referencia al mar o con relación escasísima a él. No lo hicieron así los anglosajones con su historia.

Pensamos en América: en Cuba, Puerto Rico o Filipinas. Pensamos en la crisis del 98 y nos damos cuenta de que no se ha comprendido «la influencia genuina y trascendente de lo que nosotros mismos hemos calificado como “el desastre”, y no se ha profundizado en la influencia genuina de lo oceánico. Porque «las Españas –insiste– fueron entidad eminente y radicalmente marítima». «El imperio español, si se quiere emplear –aclara– esta equívoca denominación, fue realidad decisivamente ecuménica, naval y marinera. Era **ultramar** –dice subrayándolo– tan excesivamente manejada como torpemente comprendida por los españoles». «Si España –concluye– es ininteligible sin tomar América como ingrediente esencial de ella, España resulta ininteligible sin dar cabida al mar en su ecuación interpretativa. Por eso,

porque no se ve el mar desde España, España no viene a ser tan inteligible, por lo que en rigor España sigue siendo también ininteligible».

A comienzos del siglo xvii, Diego Brochero, bailío (profeso de la Orden militar de San Juan) y Almirante, escribe un discurso al Rey sobre el estado de la Marina de la Corona. El Rey –afirma– se encuentra mal servido porque no hay escuela de marineros, y los marineros no tienen pundonor ni honor. El que fuere poderoso en el mar –afirma como principio– lo será en la tierra. Ejemplifican cumplidamente esto los ingleses. En realidad ya lo había denunciado antes en España Antonio Pérez, y, antes aún, Alonso de Chaves en su obra *Espejo de navegantes*.

Se empleó entonces, don Eliseo, a fondo en escrutar escritos de los siglos xviii al xix. Se fija, por ejemplo, en Ensenada que le advertía al Rey: «Señor; proponer que V. M. tenga iguales fuerzas de tierra que la Francia, y de mar que la Inglaterra sería delirio porque ni la población de España lo permite ni el Erario puede suplir tan formidables gastos». Se propone entonces, por ello, una política defensiva. ¡Cambio radical! Aclaraba a renglón seguido Álvarez-Arenas que «el mal de carencia no es solo propio. En lo estratégico naval –decía– se extiende a toda Europa». Y añadía que «el pensamiento naval español estratégico, sí, y en otros aspectos de la profesión táctica, empieza a salir de la servidumbre extranjera cuando se crea la Escuela de Guerra Naval». «España –explicaba– se ha sentido inferior en el pensar estratégico naval a Inglaterra y Francia». «Complejo –añade– expresado sin rubor con mucha frecuencia en forma de admiración ensalzante y de copia servil». «Hoy –escribía– en la penúltima década del pasado siglo lo que hay es copia; creación verdadera, nula».

En el libro *Investigaciones estratégicas* (1985) construye su «Teoría de la razón estratégica», la cual arranca de la afirmación de que la ofensiva estratégica de España comienza teóricamente en 1492 y concluye en Las Dunas en 1639. Holanda, Inglaterra y Estados Unidos fueron en la mar después de España. Pero con Trafalgar la defensa estratégica de España prácticamente se anonada. Por ello resultó imposible, sin estar en la mar, impedir la recesión americana. La última guerra de Cuba, la guerra contra los Estados Unidos fue «el final de la maniobra histórica española».

Formalizó nuestro Almirante esta visión histórica desde una perspectiva estética. «El mar –escribió– tiene alma. Es por tanto espíritu. Lo alienta el

viento en las olas que vienen a ser su epifanía. El viento es de la mar, está para ella, para hacer verídicamente el mar». Y, a partir de ahí, reflexiona sobre la mar y el arte, en música, en pintura y literatura. Ve a esta última, la literatura, a partir de Grecia, en el mito griego de Eurínome, diosa de todas las cosas, que surgió desnuda del caos, y no halló cosa en que apoyar sus pies. Por eso separó la mar del cielo y danzó sobre las olas azules de la masa líquida. Danzó hacia el sur y dio lugar tras de sí, como aérea estela, a algo nuevo y distinto, algo con lo que proceder a crear. Ese algo resultó ser el viento. Girando sobre sí misma, tomó la diosa el viento entre sus manos y, frotándolas suavemente en mágico movimiento, creó a Ofión, la gran serpiente, vitalizando así al viento del Norte, llamado Boreas, por otro nombre. Más tarde, de Eurínome y Ofión, es decir, del viento y de la diosa que danzó sobre el mar, nacieron todas las cosas que existen.

De Eurínome y de Ofión pasó don Eliseo a considerar la *Odisea*, la cual, dice, respira mar continuamente y está pletórica de sus aguas. Es magnífica y divina partitura en la que el mar armoniza el imprescindible contrapunto de héroes y dioses.

Subraya después el contraste entre Homero y Hesíodo, hombre este último de campo. Y mirando hacia el Atlántico, ve el jardín plantado por Virgilio en su *Eneida*, tan profusa en descripciones marineras. La literatura del mar se hace entonces oceánica con la hazaña española del Descubrimiento. Según nuestro Almirante, el siglo XIX podría con toda propiedad adjetivarse como el de las letras del mar, y de hecho dedica jugosas páginas a esbozar un delicioso ensayo sobre la dualidad «mítico» - «romántico».

En suma, para Álvarez-Arenas, el mar, en cuanto factor histórico, es **causa** de nuestra historia. En determinadas épocas fue el vector dominante, decisivo en el sistema energético impulsor del creador español. Se da en lo humano –y por tanto en lo nacional– el imperativo de hacer realidad el ser que impone la condición de llegar a ser lo que se es. «España –y esto es serio, concluye– no ha jugado a ser propiamente España, no ha intentado ni arriesgarse siquiera a realizar –esto es, a hacer real– su condición genuina y exclusiva». Por ello urge «leer, releer, pensar y repensar y meditar la historia». En ello empeñó nuestro Almirante su energía.

En su discurso de ingreso explicó que «lo español de las letras es sobre todo tierra firme y continente, entraña terrosa y gleba, sierra y bosque. Lo

español es *Mío Cid* y *El ingenioso hidalgo*, realidad y mito de meseta con áspero corazón de terruño y aroma de romero».

Pero hay algo de diverso signo, que se manifiesta en el *Romance del conde Arnaldos*:

La galera que ve venir por el mar cuando él iba de caza era como una aparición: «Las velas traía de seda, la ejarcia de un cendal, / marinero que la manda diciendo viene un cantar / que la mar hacía en calma, los vientos hace amainar...». El cantor, por cierto, guarda su misterio: «Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va». Solo se decidirá a desvelarlo a quien, como él y con él, desafíe con valentía los peligros de la navegación. Para conocer el mar y su misterio hay que ir mar adentro.

En esta Casa el Almirante trabajó en la revisión y actualización del campo léxico de *Milicia y Mar*. Nuestro *Diccionario* recoge varias de sus propuestas:

guardia. ... [Adición de forma compleja]. ~ **de alba.** F. *Mar.* En los barcos, la que se monta desde las cuatro hasta las ocho de la madrugada.

guardia. ... [Adición de forma compleja]. ~ **de media.** F. *Mar.* En los barcos, la que se monta desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada.

guardia. ... [Adición de forma compleja]. ~ **de prima.** F. *Esp.* En los barcos, la que se monta desde las ocho de la tarde hasta medianoche.

adala. [Supresión de artículo]. **adala.** (De *dala*). f. *Mar.* **dala.**

pairear. [Adición de artículo]. **pairear.** intr. *Mar.* Dicho de una nave: Ponerse o estar al paio.

De nuestra Academia han formado parte hasta hoy cuarenta y cinco militares, comenzando por el fundador, el Marqués de Villena que fue voluntario, como simple soldado, en la guerra de Hungría, cuando Leopoldo I puso cerco a Buda. Herido de un balazo en el pecho, regresó a España donde Carlos II le otorgó el Toisón de Oro (1687) y lo nombró general de caballería de Cataluña mientras proseguía la lucha contra Francia. Virrey más tarde de Sicilia y Nápoles, en esta última ciudad, en la guerra sucesoria, sin socorros ni manera de arbitrarlos, fue hecho prisionero por los imperiales en Gante. Su cautiverio resultó penoso y cruel. Baste recordar que los grilletes le produjeron una deformidad permanente en las piernas por lo que tuvo que ayudarse de muletas de por vida.

No corresponde hacer aquí y ahora un repaso detallado de la lista en la que figuran nombres tan destacados como los de Martín Fernández de Navarrete, marino también, a quien debemos una biografía cervantina y, sobre todo, la revisión de la Ortografía. O al Duque de San Carlos, clave en la recuperación de los académicos afrancesados. O el Duque de Osuna, Téllez de Girón, cuya espléndida y famosa biblioteca no pudo hacerse pública, ¡ay, dolor!, ni nuestra porque en ella figuraban demasiados libros extranjeros.

Nuestro Almirante, que, dicho sea de paso, guardaba en nuestro armario ropero, junto al traje de etiqueta de don Francisco Rico, su uniforme de gala, tuvo mucho interés en conectarnos con miembros destacados de los tres ejércitos, de tierra, mar y aire. Siendo director don Fernando Lázaro Carreter, le presentó a un pequeño grupo de tenientes generales, que se familiarizaron con la Academia y asistían a algunos de nuestros actos solemnes.

Fue, por todo ello, don Eliseo Álvarez-Arenas un miembro relevante de nuestra Corporación, al que hoy recordamos con admiración, gratitud y afecto sinceros. Todavía resuena en nuestra memoria el bellissimo *Canto al mar* con que ingresó en esta Casa: «Habladle del mar a España los que sabéis de mar y de letras [...]». Acaso España se decidirá a navegar siempre y a estar en la mar en infinitas singladuras como sugirió Joan Maragall: «amb el front cap el gran ayre, sempre, sempre, mar endins».

Señor Almirante, querido don Eliseo: Sí, ¡todo bien y buena mar!

VÍCTOR GARCÍA DE LA CONCHA
Real Academia Española